

EL PARAÍSO DE LAS ISLAS

Cuentos del paraíso de las islas

16-03.

PROXIMA NO-NOVELA PARAÍSO

Emilio Sola

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Archivo, Galeatus, El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 09/07/2012, 15/03/2025 y 03/12/2025

Número de páginas: 7

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

III

...PUES. TRAS DOS DÍAS EN VALENCIA, las bellas Tip y Carla, los animosos Corino y Salvo y la Yamamoto se aparcaron unos días por la casa del naranjal o casa de Fito Naser, como le llamaban ahora a la casa de don Borondón.

El tono pausado y reiterativo es para domar fieras, perdón, armonizar voces, y soy yo, amanuense contratado, tío, y pongo esta nota para el amanuense segundo o para el tipógrafo, o vete tú a saber, que ya me pierdo.

Su hoja de ruta digital se portó de puta madre de bien, como decía la Carla, que ya conocía aquella zona y se le pegaba siempre lo más barriobajero y punkorro de las jergas, como se decía. Los alojaron en el estudio y laboratorio de narradores más próximo a la casa de apalanque del Pujolito, como seguía llamándole todo el mundo, aunque sólo lo conocieran de vista. A la Titina, sin embargo, la llamaban la Consuelo o la Entrambosaires. La Consu, mejor. Seguía tan menuda y delicada como decían los cuentos, pero mucho más pequeñita. Canosita, canosita, pero con unos prontos de arremango que se le salían los dragones por los ojos chisporroteantes.

- ¿El Pujolazo? ¡Sigue siendo un mangante! – había dicho la Consu nada más conocer a 5 chics, y al Corino se le escapó la risa. – Sí, sí, no te rías. ¡Un mangante de tomo y lomo! Por ahí estará ganduleando, el muy macarra.

Tenían su casa en la plaza central del poblado mayor del módulo de los carrozas con marcha, y era un barracón articulado que se retorció mal que bien por entre los árboles de un pinarcillo y un emparrado. Vivían allí con tres o cuatro más, según las épocas, pero eso sí, el Pujolito con su habitación taller en un extremo del barracón, bajo el pinarcillo, la Consu en el otro extremo, el del emparrado y el gallinero. Y entre ambos, los barraconcillos con jardín japonés para invitados y los salones de la Blanca Doble Sánchez, una de las estrellas más deslumbrantes de los Cavernícolas nómadas en cuanto a creación de espacios animados y con marcha. Eso, claro, en su juventud. En su época de carroza –normalmente a esa etapa de nuevo carácter se entraba con los sesenta cumplidos, pero algunos lo alcanzaban antes incluso, por prematuro agotamiento siempre muy relacionado con la excesiva actividad desplegada en la juventud – en su época de carroza divina –esas jergas – ahora la Blanca Doble Sánchez había conseguido civilizar o dulcificar aquellos barracones articulados bajo su dirección estética y que ya todos sabían que iban a terminar siendo conocidos en el paraíso de las islas como la casa de la Consu y del *hombre del Colmillo Verde*, o la casa del Pujolito sin más, en el módulo de las carrozas con marcha de la casa de don Borondón o del naranjal.

Esta tortura de tener que dar nombre a las casas y a las cosas, cuanto más sencillo y descriptivo mejor, esta tortura o suplicio chino. Tal vez lo que le pasa a la Yamamoto es que conoce el arte de los ideogramas, desconocido para 4 chics restantes. Al Salvo, sin embargo, estas letanías que él propone escribir con mayúscula – la Casa de la Consu y del *Hombre del Colmillo Verde* o la casa del Pujolito, en el Módulo de las *Carrozas Con Marcha* de la Casa de don Borondón – le suenan a los recitados religiosos de las iglesitas que aún quedan por su isla siciliana y que también había visto acá y allá en Valencia, sobre todo cuando Viejas

Reviejas rezan rosarios y rosarios de letanías casi a lo budista, y con incienso, hasta ponerse en trance y gritar y profetizar. Pueden considerarse –esa necesidad de formalizar los textos, los discursos, los avisos – esos parajes enumerativos o denominativos, o como se desee, pueden considerarse como la oración vocal ritualizada de una ceremonia narrativa, de un espectáculo o de una representación. Tal el “Au temps que Berthe filée...” o “En tiempos de Maricastaña” o “Cuando los animales hablaban”, el tiempo de la fábula, pero esta vez verdadera, certificada por la autonomía misma del relato, con esas complejidades sobre las que no queremos volver –Tip, Carla, Corino, Salvo y Yamamoto – para no caer en el vicio de Amanuenses que se pierden en su propia péñola. En fin, esa complejidad de la literatura de avisos más refinada. A la que pretendemos acercarnos lo más formalmente posible.

Pujolito había insistido en que en su parte privada no interviniera la Blanca Doble, por una cuestión de principios: era su recinto taller y lo quería a su medida y gusto, por acumulación. Podía acceder a su zona de manera autónoma, además, y tras el pinarcillo había ido ordenando sus diversos paneles solares, con sus variantes polimorfos y polícromos, que era en lo que se enredaba en los meses que permanecía allí. Hasta hacía dos años había recibido grupos reducidos de jóvenes técnicos que le resolvían sus diseños y sugerencias, y eso le había entretenido bastante. Pero sólo hasta hacía dos años: ahora andaba de nuevo desganado, además de que consideraba terminada su obra escultórica, su flor solar. Los paneles solares polícromos y móviles formaban una especie de magnolia en perpetuo movimiento sus pétalos multicolores y siempre cambiantes. “¡Un flipe del viejo!”, se le escapó a una de las técnicas del último equipo que terminó de montarlo, y al Pujolito no se le había escapado aquel comentario espontáneo y supo que estaba pasando de *Carroza con Marcha* a simplemente *Viejo*, como le gusta escribir al Salvo, con mayúscula.

- La Blanca Doble no tiene por qué entrar en mi taller, ya tiene bastante espacio para sus cachivaches. Aquí sólo tiene que venir si quiere dormirse una siesta culebrona conmigo, porque está buenísima. Pero nada más.
- No le hagas caso, Blanca. Sigue siendo un bestia macho y no lo puede remediar – intentaba mediar la Consu.

Blanca Doble Sánchez acababa de llegar como carroza algo prematuramente, no había llegado a los sesenta todavía, pero se encontraba algo debilucha y lo de estar cerca del Pujolito terminó por animarla. Y allá que se llevó consigo su colección personal de los cachivaches más queridos que se quiso traer de su residencia invernal de Cavernícola en la costa dálmata antigua. Allí había conocido a la Alta Gracia Entambosaires, hija de la Consu –y todos sabían que también del hombre del colmillo verde, el Pujolito, pero este no se daba por aludido, lo que todos le agradecían –, habían hecho buenas migas y en más de una ocasión la había acompañado de visita a aquella casa que ahora iba a ser también la suya de carroza. En fin, lo de siempre. El mundo era un pañuelo.

5 chics nos pasamos gran parte del tiempo de espera del Pujolito y de las primeras sesiones con él en el salón de la Blanca Doble, básicamente tres prismas o paralelepípedos alargados que se cruzaban en un centro cupular. Más de la mitad de las superficies de muro de los paralelepípedos estaba acristalada, lo mismo que la estructura

cupular central, y podían aclararse y oscurecerse, así como mudar tonalidades cromáticas al gusto con una serie de filtros ingeniosos e imaginativos. En aquellos detalles se podía apreciar la intervención del Pujolito, el *hombre del colmillo verde* por entonces para todos, y sus experimentos con el viejo sabio don Antonio el de los Espejos, experto vidriero. Y era sobre aquel Ahmed Pujol, el *hombre del colmillo verde*, la historia – o historias, mejor – sobre la que ahora 5chics le querían tirar de la lengua: a un anciano que parecía no importarle que le conocieran de nuevo por su nombre de chaval, Pujolito. “La de vueltas que ha tenido que dar el mundo para esto”, sonrió algo apagadillo el Pujol –creo que es hora de que le encontremos un nombre diferente, adaptado a su nuevo carácter, y nada más sobrio que volver al nombre materno de origen. El primer nombre original suyo había sido “el hijo de la Montse Pujol”; luego, Ahmed Pujol, mulato claro, el Pujolito, y finalmente el *hombre del colmillo verde*. En fin, tanta recapitulación ya cansa, letanías.

Fue aquella la primera entrevista que 5chics tuvimos con él.

Antes de que el Pujol nos invitara a entrar en su taller, tuvimos varias entrevistas de tertulia y risas en los salones de la Blanca Doble –o la Blancadoble, como nos sugirió que escribiéramos pues le gustaba más así, la definía mejor, decía. Por eso los salones de la Blancadoble habría que intentar describirlos con minucia, con el perfil conceptual incluso de lo allí desplegado, pues eso era aquello, un despliegue de espacios recoletos y explanadas comodísimas para andarse por allí desmayad’s o espatarrad’s, que a eso tendía la cosa en cuanto te descuidabas. Pero Tip dice que ella no está para eso, que lo haría soso y sin perspectiva, sólo enumerando objetos singulares, mini-bibliotecas antiguas o rincones de sonido o de simulaciones, o la sauna/hamam y la piscina en uno de los extremos del prisma acristalado más sobresaliente por sobre el pinarcillo hacia el mar, hacia levante. Levante del levante, oriente. La Blancadoble sabía lo que se hacía y el propio Pujolito, mejor Pujol sin más desde ahora, estaba encantado; así se lo dijo varias veces a lo largo de las primeras entrevistas –puro abordaje, con perdón – pactadas con la Consu para que resultaran más casuales u ocasionales, lo que sucedía sólo en los momentos en los que el Pujol decidía acercarse por los salones de la Blancadoble; a veces, a la piscina levantina, a veces a la sauna/hamam, las más a leer algo o revisar alguna vieja grabación. Por ello el espacio es clave para terminar de focalizar al viejo Pujol en el inicio de la desgana.

Como está muy filmado y documentado, Tip dice que deja la descripción para alguien más experto en ellas y –a pesar de las protestas de Yamamoto, que no se conformaba con los registros digitales y quería también uno literario – a este amanuense contratado le dijeron que cortara por aquí, se lo pasara a los tipógrafos o a quienes corresponda, y si querían que convocaran un concurso juego para prácticas sobre descripción literaria de: Los Salones de la Blanca Doble en la Casa del Pujolito –definitivamente había recobrado su nombre infantil ahora en su paso definitivo a la vejez – y de la Consu, en el Módulo de *Carrozas Con Marcha* de la Casa de don Borondón, en la Casa del Naranjal. La letanía retórica de las denominaciones. Al gusto de Salvatore el palermitano, Salvo para los amigos, una de las voces de 5chics. Pues eso. Más tarde, pues la cosa era importante, Yamamoto decidió que lo mejor era encargarle un texto sobre “Los salones de la Blancadoble” al Kiko Rivas,

alias Quico, que había sido uno de sus mejores colegas; a 4chics restantes les pareció bien, aunque el problema mayor era que el Rivas no paraba y era difícil – a no ser por motivos sentimentales – que se animara a hacer algo que se saliera de lo que estuviera haciendo, que siempre era lo que más le apasionaba; y ahora andaba con la pintura a la manera antigua, al parecer, muy minuciosa y que precisaba constancia y gran taller.

IV.

AHMED PUJOL, EL *HOMBRE DEL COLMILLO VERDE*, ese había sido el nombre que había adoptado el Pujolito para su edad adulta. Lo de adoptar es sólo un decir, pues cuando a uno le comienzan a llamar de una manera ese va a ser el nombre verdadero se ponga como se ponga el uno. Esa particular dictadura de los nombres. Fue al tercer abordaje cuando consiguieron convencer al Pujol para que les contara algo con tiempo por delante, en la piscina levantina. Se habían pasado la primera semana por allí a diario por los salones de la Blancadoble, con todo el material a punto y los guiones elaboradísimos. El Pujol tenía ganas de darse un baño aquella mañana temprano y todos coincidieron en la piscina. Ya los conocía de un par de presentaciones anteriores, en un almuerzo con ocasión de un asado de la Consu y en una audición de música de un mezclador que andaba por allí y que tenía una colección espléndida de nuevos cantos de pájaro instrumentados. Mas en la piscina era diferente: estaban solos, sin gente alrededor contando historias siempre interesantes, hablando de lugares nuevos o dando avisos.

La Consu se lo había dicho esa mañana: “El Pujol quiere venir a la piscina temprano”. Y 5chics se fueron para allá cuanto antes para hacerse los enconradizos. Allí se los encontró el Pujol, nadando y enredando por los alrededores de la piscina con hamacas, colchonetas y flotadores, todo ello diseño de un loco valenciano antiguo que andaba ya de carroza perdido por ahí, por un intersticio de nomadeo oriental al parecer.

Sólo desde la inocencia es posible planear recoger por escrito el paraíso de las islas, ya demasiado mitificado. Porque sólo desde la inocencia – esa belleza inconsciente de sí – alguien querrá aproximarse a la verdad, o a la realidad sin más. Y sólo desde la inocencia más desencantada siguen las diferentes generaciones de chics preguntándose por pormenores aparentemente sin importancia de un pasado en el que quieren encontrar vayan a saber quién y qué. Pero, como cada primavera, aquello reflorecía y se reproducían los viejos fenómenos del nomadeo, y cada vez con más necesidad de perspectiva narrativa de la realidad. La cosa había estallado con lo del sexo y lo que se llamó “la memoria del sexo”, que causó grandes conmociones por doquier, antes de terminar el debate narrativo total con el total olvido, sobre todo por parte de los jóvenes, y con el desapasionamiento general. Aquella especie de bache que alarmó al demógrafo Paulov, en los últimos años del Antiguo, hace medio siglo ahora, y terminó con aquella campaña de “¡Chicas, a parir, que esto se

acaba!” y con los que luego se llamaron “niños del 68” (Ver “Paraíso...”, 12). Los cuarentones de ahora, cuando 5chics intentan armonizar sus recursos narrativos.

Las grandes movidas de los antiguos, que parece que estaban un poco para allá, como dicen por Valencia. Pero de las que estaba impregnado hasta los tuétanos el paraíso de las islas, nuestra realidad. Por eso el interés de chics y chics por todo lo que sonara a arañar en la memoria de carrozas y viejos, ya más tratables y achantaditos por eso de las invalideces varias. Yamamoto, para eso, tenía un despliegue de técnica espectacular que a tod’s tenía encantad’s. Para la piscina había elegido su línea manga de mujer-felina, tal la antigua Cat-woman de las pelis americanas: Yamamoto-Cat, de ahí lo de Catalina como la terminó llamado el Pujol tras los primeros encontronazos dialécticos. El anillo grabador de sonido digital y la registradora de imagen alojada en su pulsera elegantísima, así como la montura compleja de sus gafas acuáticas le daban aire divertido. El Pujol se dio un baño temprano con un buen largo a nado relajado, y ahí comenzó el primer acoso de Yamamoto-Cat con su despliegue captador de todo lo captable registrando y registrando en una danza de nadadores de ritmo lento. Fue muy divertido, y al salir ya el Pujol le decía Catalina. “¡Eh, la Catalina, ¡qué habilidades circunvalativas!” Al salir del agua el traje de baño del Puyol refulgía. Era un traje enterizo, como el de los buzos, pero sin mangas y hasta la pantorrilla, muy ajustado como el de los ciclistas y las últimas modas de los trajes deportivos de los corredores de pruebas de velocidad, más que entre los de fondo. Todo azul, pero lleno de pulpos rojos por las nalgas, los pechos, caderas y entrepierna, parecía un figurín de comic algo macarra. Y encantado con la Yamamoto, que enseguida le dio un masaje de espalda que lo dejó como nuevo.

Entrar en materia resultó fácil. El colmillo verde aún refulgía en la sonrisa del Pujol, y mucho más en la carcajada cómica y algo teatral que se permitía de vez en cuando, que parecía bien ensayada o, mejor, con sabiduría incorporada a un repertorio expresivo. La Yamamoto no se quedaba atrás a la hora de utilizar también sus trucos de repertorio expresivo, también ensayadísimos a pesar de su juventud de recién veinteañera.

- ¡Las jóvenes y los chicos de ahora tenéis querencia por el colmillo verde del Pujol, caray! – se lamentó la Consu Entrambosaires, que se había incorporado al corrillo de los invitados para enterarse de las historias que pudiera evocar el Pujol -. En la media docena de viajes de conocimiento y de contactos que pasaron últimamente por aquí, por lo menos la mitad le preguntaron por el dichoso colmillo verde del Prisciliano de los demonios. Ya se pusieron una vez de moda los dientes de colores, y ya veis lo que pasó; que la gente terminó detestando a los que los tenían así, y hubo de ponerse de moda por puro instinto las tinturas de dientes para que fueran reversibles sus efectos, o para volverlos al blanco primigenio o para variar las gamas de color. Pues una estupidez como otra cualquiera, que a tantos se llevó por delante prematuramente.
- Cállate, Titina, por favor, que vas a asustar a estas chics tan simpáticas. – Y luego a 5chics, como para disculpar a la carrocita Consu – No soporta que se me vengán a interesar por mis encantos eróticos.

Ya todos reían, Consu la que más. Para Corino, aquella gente era rarísima. No perdía ojo a los diferentes registros de su multi-todo, y en un par de ocasiones debió ajustar la

pulsera de Yamamoto, sobre todo nada más salir del agua. No le daba tiempo a seguir las conversaciones, pero en los fragmentos que captaba de aquí y de allá, le parecía que hablaban de naderías. Para él, el *hombre del colmillo verde* era el de los barcos de bajura y las instalaciones solares, de manera que a aquel Pujolito que intentaban reactivar sus colegas no conseguía comprenderle. Por otra parte, Corino sentía que tenía otros orígenes y otros intereses. Para él, Pujol era el mejor diseñador de pateras mediterráneas de propulsión eólica y solar, y lo que más le interesaba era su taller y la rosa solar que acababa de terminar y que ya había divisado desde fuera, desde la base del bosquecillo de pinos, pero a la que no había podido acercarse todavía. Mas parecía que el Pujol ya había encarrilado una narración.

- El colmillo verde para mí fue un regalo de Prisciliano Manfredi, el hijo de la Gina, pero para él había sido antes un regalo del padre del cuchillo, Lauari Buhudmi. Eran regalos que se hacían entonces, y luego decayó la costumbre, para celebrar un cambio de carácter, que se decía, no exactamente de edad; era un regalo más sutil que el regalo de aniversario o cumpleaños, por ejemplo, otra costumbre que decayó tanto que llegó a desaparecer y ahora se la intenta restaurar de manera limitada y como más seriada por quinquenios, decenios y así. Para mí fue un regalo muy importante y por eso me lo quise poner como uno de mis caninos, una reacción algo tardía de salida de adolescencia todavía, pero para mí importante y de la que no me había de arrepentir. Cuando vino la moda de los dientes de colores, sin embargo, no se me pasó por la cabeza repetir la operación; las cosas son como son, no hay que llevar las cosas más allá de sí mismas, no hay que banalizar la realidad. Mi colmillo verde es en honor de Prisciliano Manfredi, que me enseñó todo lo más importante que sé en mi vida de adulto, y sentí la orfandad antigua tras su muerte, tampoco hace tanto tiempo, como si tras su desaparición yo hubiera regresado a la orfandad del Pujolito deseoso de encontrarse un día con su padre Hamuín. Nuestras viejas sagas...

La cosa parecía que podía comenzar a marchar.

Entre los papeles que la Yamamoto le había pasado a 4chics, había uno que les mereció particular interés porque apenas lo podían comprender: “Para una narración no nacionalista y no confesional hay que ahondar en las fronteras como nuevo centro de intercambio y progresión hacia alguna parte. Pues lo mismo que la anarquía no es lo contrario de orden sino de mafias de poder – o formas elitista-mafiosas de organizar un orden –, lo contrario de la ciudad no es el campo sino el descampado, el campo violado o degradado”.

Parecía elemental, pero no lo comprendían. No comprendían eso de nacionalista y confesional, les parecía retórica antigua, de cuando la gran guerra, que se decía, la GG o la risa.